

Cuadernillos de poesía Colombiana

16

Tomàs Vargas Osorio

Ediciones de la revista "*Universidad Católica Bolivariana*"

Tomás Vargas Osorio

Si la insistencia de las palabras nos diera la posición del hombre ante las realidades circundantes que más le atraen, concluiríamos que es la muerte el más estrecho cerco ante el cual se encuentra lanzado el poeta de hoy. Por eso quisiéramos ante la obra de Vargas Osorio explicar someramente esta actitud.

Sin duda la diaria aventura del corazón —corazón siempre a la deriva sobre el mar del presagio, ora con los oídos de la adivinación, pegados a todas las voces subterráneas y subcelestes, como golpeando con los nudillos del pulso a la puerta de todos los enigmas o abriendo las ventanas de los sueños hacia todos los horizontes— pone al poeta tarde o temprano delante de la muerte. Su corazón colmado de universo, atento a la más remota verdad de los seres —tolvanera absoluta en su embriaguez ontológica— un día se detiene y mira caer alrededor de sí, las cosas efímeras que sustentaron su loca verticalidad, su rutilante polvillo espacial, su envolvente y levantado silbo. Brota en nosotros una conciencia de finitud. Advertimos nuestro paso, nuestra necesaria contingencia, el síndrome de nuestra inminente destrucción en las cosas que nos rodean: el sitio de una rosa o su abolido perfume, un labio con nombres ya caídos, un tacto sin espasmo que lo reciba.

Con todo, la actitud del poeta ante la muerte siempre será vital. Será una expectativa anhelante y jubilosa por vislumbrar a través de su yelo su intentada eternidad, o mejor, su conseguida inmortalidad, porque como en el verso de Claudel, es necesario morir para no estar sometido a la muerte. Así, comprometido en el azar de cada día y en la aventura cósmica, Vargas Osorio nos mostraba su inmortalidad amenazada, seguido insistentemente por la saeta de la muerte, su

“...corazón sin fin, ala y latido,
rescatado una vez y otra perdido”.

Pero si en ese entonces se planteaba apenas una indagación metafísica, es ahora en su poema “Retorno de la muerte” donde pensamos encontrar su experiencia de ella, pues, si ni el ojo vio las colinas desoladas, ni el oído oyó las cataratas del tiempo, si nos refiere cómo, ante el corazón maravillado, la marea clara de Dios en el pleamar arterial lo fue anegando de luz.

Entonces por una parte resume la actitud profundamente religiosa del hombre ante la muerte:

“(El rostro de Dios se iba acercando.)”

y por otra en asordinado ritmo y apretada verdad, nos dice la profunda sabiduría de las moléculas transvasándose perpetuamente de unos seres a otros en encadenada sucesión de potencia y acto, de causa y efecto, para no agostar el ritmo de la vida sobre el mundo.

“Equilibrio justo, clara potencia,
su próspera entraña todo resume:
del fruto nuevo la sabrosa ciencia
y el espíritu vago del perfume”.

Un sabor de vida tremendamente gustada en la decantación que fueron dejando sobre el minuto los más escondidos hontanares de la sangre, hacen, de la poesía de Vargas Osorio, lugar de recogimiento y buscada medida para comprobar los más profundos movimientos de la conciencia.

JORGE ROJAS.

La muerte de Vargas Osorio ⁽¹⁾

Tomás Vargas Osorio era un esteta de la soledad, de la melancolía, de la dulzura y de la templanza.

Torturado por la ansiedad de enriquecer el acervo de sus conquistas espirituales y mordido en carne viva por la angustia de su lánguida y precaria existencia y de su corazón enfermo de niño, "herido, alegre, traspasado, siempre perdido y siempre rescatado", en la dulce intimidad de la tertulia volcaba las exquisitas esencias y el gemario fulgurante de su talento millonario, forjando gozosamente admirables proyectos de gesta artística para el porvenir, olvidado de que la "saeta de la muerte lo seguía" y de que estaba demasiado cerca de "ese verde país y de esa suave pradera" que a él le parecía "haber habitado mucho tiempo".

Poeta de entrañables y lacerantes pulsaciones humanas, espíritu zahorí, consumido por la fiebre del sufrimiento y la creación, su trayectoria intelectual de aeda, crítico y estilista, estaba signada por la belleza y la originalidad, y aunque su obra no sea todo lo copiosa que era de esperarse de su fertilísima y deslumbrante inteligencia, la inmortalidad será el digno galardón de quien, como Tomás Vargas Osorio, alquimista de quintas esencias, practicó "el arte por sustracción y no por adición", según el sabio precepto del esteta parnasiano.

Quienes nos sentimos tan cerca de ese "corazón siempre a la deriva sobre el mar del presagio, con los oídos de la adivinación pegados a todas las voces subterráneas y subcelestes, como golpeando con los nudillos del pulso a la puerta de todos los enigmas o abriendo los horizontes", no podremos resignarnos a que la fatalidad nos haya arrebatado el ingenio buido de un joven jerarca de las letras colombianas y el surtidor del canto de una nefelibata doliente que dejó escapar por su arteria rota el nietzschano vino del espíritu, en un culto de maceración y languidez estéticas.

(1) Murió en Bucaramanga el 21 de diciembre de 1941, apenas traspasados los umbrales de los treinta años. — La presente nota la tomamos de "El Tiempo", de Bogotá.

De regreso de la muerte

A. Carlos Martín.

— I —

No era sombra goteando sobre el párpado.
No era silencio alzándose del labio.
Era luz y sonido golpeando
oído y corazón. Sangre clamando
como árbol de raíces desterradas
a la luz meridiana, como árbol
con sus hojas y nidos sepultados.
(El rostro de Dios se iba acercando).

No era la noche de doradas cumbres.
Si el día azul y fértil que produce
la leve arquitectura de la rosa,
el pan y el dulce trino de la alondra.
El día azul y fértil, era el día
—alto y firme lo mismo que la espiga—.

«Has de cerrar los ojos, tierra estéril,
y abrir a otra luz que te conviene.
No más, ya nunca más, verás la rosa
ni escucharás el trino de la alondra.
Y otoño, invierno, estío y primavera,
volverán y ya no tendrás tú venas
con qué sentir ni que un deseo pulse.
No anhelarás partir como la nube
cuando el día disuelve su diamante
en la noche». Decía así la sangre
batida como un mar por brisas suaves.

Las oscuras arterias, anegadas
fueron de Dios por la marea clara
de sus ojos —zafiro diluido—:
más azules que el alma del estío.
¿Dónde ahora la sangre turbulenta
que amó y odió, ya dulce y ora fiera,
que edificó ciudades para el sueño,
efímeras ciudades de deseo?
Se derrumbaron éstas, arrasadas:
no quedó ni el lugar de una palabra.
Pétreas, albas ciudades de silencio
se alzaron. Como un cuervo huyó el deseo
y sólo quedó sitio para el alma.

— II —

¿De qué trémula linde
retorno, el corazón maravillado?
¿Qué boscajes ilimites me dieron
la fresca miel de sus rumores blandos?
¿Qué pájaros quebraron en mi oído
sus divinos cristales encantados?

—¿Viajero, de dónde vienes
que así sonries callado?
¿Qué canción escucharon tus oídos,
qué fruto gustaron tus labios?

¡Ah, que no era el reinado de la larva
oscuro, yerto y hórrido! ¡Que no era
el negro paraíso del gusano,
sino una deleitosa primavera!

Libre de ceño adusto y descarnada
sonrisa horrible, era la muerte
bella como la esposa deseada
que a una pasión más pura nos convierte.

No ceñía sus sienes un anillo
de serpientes, ni tenían sus manos
un color de marfiles amarillos.
¡Róseos eran los cuencos de sus manos!

Ceñíala guirnalda de raíces
verdes, pues de ella nacen las florestas
y alimenta los frágiles países
de las hojas, dá son a sus orquestas.

Equilibrio justo, clara potencia,
su próspera entraña todo resume:
del fruto nuevo la sabrosa ciencia
y el espíritu vago del perfume.

¡Ah, que no era el reino de la larva
oscuro, yerto y hórrido! ¡Que no era
el negro paraíso del gusano,
sino una deleitosa primavera!

— III —

—¿Viajero, de dónde vienes,
que así sonríes callado?
¿Qué canción escucharon tus oídos,
qué fruto gustaron tus labios?

—Vengo de la Comarca de la Muerte
donde el rostro de Dios iluminado
se reflejó en mi corazón suspenso,
por yelo y fuego suyos rescatado.

La carne desierta

Pasaron ya todas
y ninguna.

Mis manos se tendieron como dos llamas ávidas
—los dedos retorcidos no alcanzaron la fuga—
Oh, el incendio de las manos!
Y todavía no son mis manos puras!

Cabelleras suntuosas
dejaron en mis dedos el ardor de una hoguera;
bocas estremecidas como frescos viñedos
me dieron de su sangre la más preciada gota.
Y todavía se alarga la angustia de mi cuerpo!

Mi carne ha ido modelando las noches
del amor como en un ébano blando
su honda desventura,
y hoy es mi carne toda como una llama oscura
y tengo la ceguera de una fuente muerta.
Y todavía mi carne se siente más desierta!

Pasaron ya todas
y ninguna.

Sangra el silencio en el paisaje profundo
como una herida abierta
en el alma del mundo.
Cruzan, cruzan, mujeres enlutecidas
y abren en la sombra sus ojos, luminosas heridas.
Cruzan, cruzan, mujeres enlutecidas.

Hacia ellas se tienden mis manos
como dos llamas ávidas,
hacia ellas va el incendio de mis manos.

Los dedos retorcidos estrujarán la sombra
y no hallarán sino una túnica abandonada,
y seguirá el inútil incendio de mis manos!

Cruzan, cruzan, mujeres enlutecidas
el paisaje profundo,
y tengo la ceguera de una fuente muerta.
Mis dedos retorcidos y las hondas heridas.
Cruzan, cruzan, mujeres enlutecidas,
y mi carne se siente cada vez más desierta!

Responso

Un poco de tierra parda.

El aire olvidó sus trenzas,
el sol sus ojillos de agua.

Un poco de tierra parda.

Y hasta las frutas del huerto
el nido azul de su enagua.

Un poco de tierra parda.

Sus senos, rosas pequeñas,
perfumaban la mañana.

Un poco de tierra parda.

Su vientrecillo de oro
era una espiga granada.

Un poco de tierra parda.

No llora el aire sus trenzas,
ni su voz el agua clara,
ni sus manos la amapola,
ni sus senos la mañana.

El día ¡qué azul estaba!

Un poco de tierra parda. . . .

Clamor

¿Qué hondo son agobia de levedad las hojas
de esta selva que extiende raíces de silencio
a tierra de huesos que sus flores ocultan?
Dice tu nombre sólo y el olor de tu cabello.

Pero el silencio crece como una hierba suave
hasta el límite justo en que la luz vigila
y se oye. Si el dulce son sin fin se abre
la muerte va pasando como una inútil brizna.

Toda la noche, toda, y tu nombre la puebla
como la gota de agua en el negro recinto
cayendo es un rumor marino, sus puertos y sus naves.
Toda la noche, toda, y tu nombre infinito.

Toda la noche, toda, y tu perfume.
Tu olor es un clamor de profundas esencias
que fluye del obscuro fondo de los principios.
Toda la noche, toda, por tu perfume plena.

Que perdure la sombra si en el límite justo
la luz vigila y se oye vivir como una lámpara
cuya forma está en la tiniebla diluida
por conservar tan sólo su propia estructura diáfana.

Este hondo son que agobia de levedad las hojas
se lleva la firme voluntad de mis sentidos
y en su vasto tumulto me difunde,
esencia y substancia puras —no medido—.

Toda la noche, toda, tu nombre y tu perfume
y mi ser no medido.

La muerte va pasando como una inútil brizna,
lejana (¡cuán lejana!)

Ah, si la noche fuera más inmensa.

La muerte es un país verde

Caro mi é sanno, et piú l'esser di sasso
mentre che il danno e la vegogna dura;
non veder, non sentir, mi é gran ventura:
peró non mi destar; deh! parla basso.

Miguel Angel.

La muerte es un país verde
con un pájaro cantando en esa rama última
que tiembla de azul frío.
¿Hace frío en la suave pradera?
Gotas dulces y frescas de las móviles frondas
del viento, de las nubes, del viento,
bajarán a calmar la fría sed de los huesos.

La muerte es un país verde.

Y ríos hay rumorosos, de ondas infinitas,
y colinas y trinos. Y uno estará solo,
perfectamente solo, sin su corazón, sin su memoria,
suprema dicha de la soledad que se alza de uno mismo

— viva —

y uno no la siente.

Me parece haber habitado hace mucho tiempo
este país y esta suave pradera.
Pero ahora soy un hombre con corazón y memoria
y me acuerdo de todo, entre nieblas, como un desterrado
recuerda el aire de la patria vagamente.

¿He de decir todo esto a los hombres?
¿Se lo he de contar?

Elegías

Ay! sólo tú dormida para siempre.
Jorge Isaacs.

— I —

Volviera a ser el día con su trompeta de oro
y ella aún en la noche de sus cabellos largos
y de sus ojos ciegos.
Volviera a ser el día como una rosa cárdena
y ella aún en la noche de sus venas dormidas.
¡Oh, raíces, oh, tallos que nacéis de su cuerpo
sombrió, vosotros sí conocéis el día,
el vuelo de los pájaros, el aire azul, las nubes,
y ella en la noche de sus huesos, dormida!

— II —

De su voz ya desnudos mis oídos:
caracolas sin mar. Mis manos trémulas
desnudas de su piel como de agua:
cántaros rotos.

¿Dónde su voz ahora, en qué follaje,
en la tumba de qué hoja o gota de rocío
duerme? ¿Y la leve, pálida comarca
de su piel bajo qué luna floreciendo?

Un vago efluvio de la noche trae
cómo era de niña su mirada
sin lágrimas; pero este vago efluvio
es una sutil brisa sañada.

Canten los ruiseñores de la sangre
su nostalgia de ella,
que en caminos de viento arrebatada
pertenece a otra dulce primavera.

— III —

Nunca me pregunté si había existido
con existencia material de rosa o nube;
pero existía en mi sueño: así tocóme
el inmenso dolor de verla muerta.

Muerta en los días dulces
de marzo, cuando era más honda
la vida en las arterias de los gajos
y una brisa mecía las canciones.

Acaso ahora rosa sea o nube
en el día sin fin y alto de los ángeles;
o acaso nunca fue; pero en mi sueño
yo cultivé el dolor de verla muerta.

— IV —

¡Qué poco vale el hombre, qué poco!
Un río, un árbol, una piedra incierta
—una sombra de pájaro o de nube—
afirman la presencia segura de lo que son.

J. Pérez Domenech.

Más sombra sobre la tierra —acervo de lágrimas y sangre—
proyectó una nube de estío que su paso.
No quiso comprender por qué los hombres se odian,
por qué hay llanto en los ojos de los niños,
por qué se mueren los pájaros.
El amaba la vida. Su alegría era sencilla
y cándida —su parva ración de alegría—
que ofrecía a los hombres. Mas los hombres
tenían el corazón sórdido y no comprendían:

—«Por qué un hombre ofrece su alegría?»

Su dolor fué para él sólo.
Si no aceptaban su alegría los hombres,
¿quién iba a beber sus propias lágrimas?
Hubiera podido ostentar su soledad
como una bandera; pero como era tan humilde
no quiso humillar a los hombres con su fuerza.

Ha mucho tiempo que un musgoso olvido
le cubre ya por siempre.
De él apenas queda un nombre vago
—en viejos labios—
y su propia y vana muerte.

Poemillas

— I —

Mira
los ojos de este niño:
la vida —abeja dorada—
labra su cera diáfana.

Mira

la boca de este niño:
su destino —aún no lo sabe su sonrisa—
será caer con blando ruido.

Oye

la voz de este niño:
rumor, beso, susurro
de aire tibio.

Tú me has interrumpido:
¿«Ahora, a qué pensar la muerte»?

— II —

No llegar a ti.
Tenerte siempre —lejanía—.
Verte y no saber nunca como
eres, cristal, azul, nube, diamante.
En tu dulce comarca,
en tu celeste valle
sin tiempo.
¡No perderte!

— III —

Cuando la lluvia cae
se alegra mi corazón
como la hierba.
Bajo la lluvia, en la lejanía,
se alzan azules valles,
vagas florestas.
Mi corazón, tierra seca,
se alegra
cuando la lluvia cae.

— IV —

El ángel de la lluvia
de alas doradas
y ojos azules
danza.

Tras de los pinares
un dúo de flautas,
sobre los pinares
un velo de plata.

—Para tus cabellos
esta agua dorada.

—Para tu boca
esta agua de plata.

El ángel de la lluvia
de alas doradas
y ojos azules
danza tras de los pinares.

— V —

Como la luz sin serlo,
como llanto sin párpados,
como adiós sin pañuelo.
Sal sobre el labio duro
—y era sombra sin labios—.
Sobre la frente alta
la forma de su mano
como un dolor, recordándola.

— VI —

Va-y-ven de espiga y alma de zafiro,
me duele este cielo azul dorado
y esta agua turbia que a mis manos llega
y estas manos.

Me duele el horizonte siempre inmóvil
y este viento me duele como el árbol
y el fruto seco y la semilla ardiente
que no llegó a ser grano.

¿Cuándo la lluvia con sus claros velos
llegará a la pradera gris cantando
y la veré —ceñida de guirnaldas—
danzar sobre la tierra de mis manos?

Instante

Ya el trémulo campo de mis voces
yo te entregara a criba sometido;
linderos —un recuerdo y un olvido—
para el frío trabajo de tus hoces.

Manos, labios, pupilas, los feroces
deseos y mi sueño escarnecido,
el corazón que ya es de ti transido
y la casa sellada de mis goces.

Manos, labios, pupilas, lo que amas,
para tus negros yelos y tus llamas
yo te entregara, oh muerte, dulce o fiera;

pero una nueva voz está cantando,
gota al borde de ti, mío, temblando,
y los dos esperamos a que muera.

Linde

Vivía en mi corazón.

Poe.

Cuando ni un pájaro podría
descifrar el breve distinto de la nube.

Cuando las hojas son metal hiriente
—esas que fueron frescas como labios—.

Cuando una imagen rompe el espejo de la fuente
(donde mojaron sus cabelleras mujeres ya sin alma).

Cuando las estrellas son hierba quemada y sin sonido.

Cuando las bocas han muerto y el silencio se alza
sobre sus lividos cadáveres —¡el pálido silencio!—
como un musgo.

Cuando empiezan a caer los siglos —¡el pavoroso tiempo!—
entonces sólo tú, corazón, vives solamente.

De ti mismo vives. Solo.

Corazón

Siempre perdido y siempre rescatado
retorna a mí de cada lejanía,
herido, alegre, niño, traspasado.
Saeta de la muerte lo seguía.

Fiel como el agua al cauce bien hallado,
vuelve tras de la lucha y la porfía,
pez, por los mares pescador, y alado
trayéndome el coral de su agonía.

Eres mío, si herido más profundo.
Fin y principio, sombra y luz del mundo
en tí, pero tú sólo en mi costado,

oh, corazón sin fin, ala y latido,
rescatado una vez y otra perdido,
pez, por los mares pescador, y alado.

Voz

... es esta tierra
una tierra sin lluvia.

Nietzsche.

Una tierra seca, sin nombre,
acogerá nuestros huesos.
Una tierra estéril, hosca, una tierra
de ceniza, sin pájaros, sin flores y sin fuentes,
una tierra sin blandos rumores, silenciosa,
con altas y frías peñas,
con gargantas de piedra donde habiten
las sombras, serpientes que se anudarán a nuestros cuerpos.
Una tierra sin aire dulce que la bese,
sin horizonte, sin trinos.
Una tierra seca, sin nombre.
Más piadosa que ésta
que ciñen claros ríos,
que habitan bellas aves, con albas de ámbar dulce,
con follajes, con fuentes, con rumores y un aire
tibio que la besa y aldeas y mujeres
cantando en los crepúsculos junto a los claros ríos,
a las verdes colinas, a los valles azules,
junto a las horas tiernas.
Una tierra seca, sin nombre.